

licos la fé en el grande y consolador misterio de la Eucaristía. Esta fé que ha existido desde los primeros dias del cristianismo ha llegado á nosotros sin menoscabo y antes por el contrario cada dia mas robusta. Dios está con nosotros: le vemos, le adoramos, nos alimentamos de él. Efectuando este prodigio ha hecho de la Iglesia un nuevo cielo, y en ella somos tan felices como los ángeles y bienaventurados en la Iglesia triunfante. Todos los fieles que vivimos de la fé, que la conservamos en nuestro corazon, que damos el crédito que se merecen á las palabras y á las promesas del Salvador, podemos y debemos exclamar con el Apóstol al contemplar nuestra dicha: « Ya no vivo yo; Cristo vive en mí (1). » Y presentando en nuestro exterior la imágen del Primogénito de los predestinados, seremos del número de estos, y el Padre nos amará y vendrá á nuestro corazon (2), y llenándonos de sí mismo en la tierra nos exaltará como tiene prometido á los humildes en la gloria del cielo.

### JUAN DE POILLÍ.

Era Juan de Poilli doctor de la facultad de teología de Paris. Hé aquí su error. Sostenia que ni los obispos, ni el papa, ni Dios mismo tenian el derecho de dar á los religiosos el permiso de confesar á los feligreses de un cura; que todos los habitantes de una ciudad debian confesarse preci-

(1) Ad Galat., II, 20.

(2) Joann., XIV, 23.

samente con su propio párroco. Esto originó grandes disputas entre los teólogos, que en su inmensa mayoría reprobaban tal doctrina. Por último sabedor el papa del asunto condenó la asercion de Juan de Poilli.

### OPINIONISTAS.

Los herejes así llamados empezaron á dogmatizar bajo el pontificado de Paulo II en el siglo xv. Se les dió el nombre de opinionistas por las opiniones ridiculas y extravagantes que sostenian y que se empeñaban en hacer pasar por verdades incontestables. Entre otros errores enseñaban que la pobreza real y efectiva era la virtud más eminente del cristianismo; y que para ser santo bastaba con detestar de corazon todos los bienes del mundo. Ellos mismos afectaban esta pobreza y pretendian que esta pobreza debía encontrarse en el verdadero vicario de Jesucristo: de aquí concluian que el papa no lo era. Parece que esta secta era una rama de los valdenses (1).

### HERMANOS BOHEMIOS.

Con este nombre era distinguida una rama de los husitas que en 1467 se separaron de los calixtinos. En el artículo *husitas* quedan explicadas las doctrinas de esta secta.

(1) Sponde, ad ann. 1467, núm. 12.

### ECOLAMPADIO.

Nació en Weissemberg, en la Franconia, en 1482. Habiendo estudiado perfectamente el hebreo y el griego se hizo monje de santa Brigida en el monasterio de San Lorenzo, cerca de Augsburgo, pero no perseverando en su vocacion, abandonó al poco tiempo su monasterio y se retiró á Basilea donde se hizo cura. Empezaba entonces á aparecer la pretendida Reforma. Ecolampadio estudió los principios de Lutero y los de Zuinglio y se hizo partidario del último en cuanto á su doctrina sobre la Eucaristia.

Publicó un tratado que tituló: *Exposicion natural de las palabras del Señor, este es mi cuerpo*. Los luteranos le respondieron por medio de otro libro titulado: *Syngramma*. Ecolampadio escribió en seguida un nuevo libro que llamó: *Antisyngramma*, y otros contra el libre albedrio, la invocacion de los santos, etc.

No obstante ser Ecolampadio sacerdote, siguió el ejemplo de Lutero, casándose con una jóven de cuya belleza se habia prendado. Hé aqui de qué modo da cuenta Erasmo de este matrimonio: «Ecolampadio, dice, se casó con una jóven muy bella, aparentando que de este modo queria mortificar su carne. Verdaderamente el luteranismo es una cosa trágica: por mi parte estoy persuadido que nada es más cómico que acabar siempre la representacion por un

matrimonio como sucede en las comedias que generalmente acaban por casamiento (1).»

Erasmo habia estimado mucho á Ecolampadio antes de que este adoptase la Reforma, pero despues mudó de sentimientos para con él, no pudiendo ménos de reconocer que no tenia más que disimulacion y artificio y que su deseo de tener una conducta libre y de entregarse á los placeres le habia hecho afiliarse á la naciente Reforma. Y verdaderamente esta es la causa principal que ha hecho á muchos abandonar la fé de la Iglesia y matricularse en las escuelas del error.

Los panegiristas de Ecolampadio nada dicen acerca de este juicio de Erasmo sobre el que fué un dia su amigo, pero nosotros estamos en el deber de consignarlo. Si se examina la vida privada de la mayor parte de los reformadores, se verá que en ninguno de ellos resplandecieron las virtudes; que bien la soberbia y la vanidad, bien el deseo de independenciam de toda autoridad ó de tener una vida libre les llevaron al mal camino. ¿En qué consiste que todos empezaban por abrazar el matrimonio, rompiendo muchos de ellos los lazos que habian contraido al pié de los altares? No es necesario reflexionar mucho para encontrar la causa en la incontinencia y el amor á los placeres. Ecolampadio, partidario furibundo de las ideas luteranas, tomó gran parte en la Reforma de Suiza y murió en Basilea en 1531 (2).

(1) Ep. Eram., l. VIII, ep. 41.

(2) Spond. Annal., ann. 1526, n. 16, capite de vita Ecolampad; Bossuet, Hist. des Variat., l. II; Hist. de la Réforme de Suisse, tom. I.

### CRUCÍFEROS.

Herejes que tuvieron su origen en la ciudad de Sangerbursen, hácia el año 1414. Tambien se les dió este nombre á los flagelantes. Ignoramos cuál era la doctrina que profesaban, pero es verosímil que fuese la misma de aquellos toda vez que tomaron el mismo nombre.

### VALDENSES.

Hemos tenido ocasion de hablar de algunas ramas de estos herejes y sin embargo no hemos dedicado á ellos ningun artículo especial. Debíamos haberlo hecho en el siglo xii en el que tuvieron su origen ó en el siguiente en el que la secta se presentó más pujante. No lo hicimos por una distraccion natural en quien ha de tratar de tanta multitud de nombres y de sectas, y subsanamos la falta colocándolos en este lugar.

El ilustre Bossuet en su magnífica obra *Historia de las variaciones de los protestantes*, nos dá á conocer suficientemente á los valdenses, cuyo origen ha sido muy disputado. Diremos que estos sectarios llamados tambien *pobres de Leon*, *leonistas ensabatados* ó *insabatados*, porque usaban *sabatás* ó *sandalías*, tuvieron principio el año 1160, por un tal Pedro Valdo, rico comerciante de Leon (Lyon). La muerte repentina de un su amigo que quedó sin vida á sus

piés, le hizo reflexionar profundamente acerca de la fragilidad de la vida humana y de la nada de las cosas de la tierra. Para no ocuparse en adelante más que de la salud de su alma, renunció á cuanto poseía, distribuyendo todos sus bienes á los pobres, en la persuasion de que la pobreza evangélica es absolutamente necesaria para alcanzar la salvacion. En esta creencia predicó queriendo persuadir á todo el mundo lo que él creía como una verdad. Muchos siguieron su ejemplo y formaron hácia el año 1136 una secta que se llamó los pobres de Leon. Valdo les explicaba el Nuevo Testamento en lengua vulgar y venia á ser como el oráculo de aquella gente ignorante.

Los valdenses concluyeron y publicaron descaradamente que puesto que los sacerdotes y los ministros de Jesucristo no ejercian la pobreza evangélica, no tenian ya el poder de remitir los pecados, de consagrar el cuerpo de Jesucristo ni administrar verdaderos sacramentos; que todo lego que practicase la pobreza voluntaria adquiriria un poder más real y legítimo para desempeñar aquellos ministerios y predicar el Evangelio que los sacerdotes. Sostenian al mismo tiempo que segun la doctrina del Evangelio no es lícito jurar en justicia, exigir la reparacion de un daño, hacer la guerra ni castigar con pena de muerte á los delinuentes. Tales fueron los errores de los valdenses, por los cuales fueron desde luego condenados por el papa Lucio III hácia el año 1185.

Nada les importaba á los valdenses las reprehensiones ni las censuras. Si la Iglesia les imponia silencio ó los condenaba, respondian lo que los apóstoles habian respondido al

senado de los judios: *Es menester obedecer à Dios antes que à los hombres.*

Conviene generalmente los escritores en que los valdenses en un principio manifestaban inocencia, dulzura y pureza de costumbres, lo que fué causa de que tuviesen muchos prosélitos y de que progresara rápidamente la secta.

Estaban muy instruidos en la Escritura, tenían un exterior mortificado, y sus costumbres eran austeras. Cuidaban mucho de la instruccion de los nuevos prosélitos, de suerte que cada uno de ellos llegaba á ser un maestro ó un doctor.

Tantos progresos llegó á hacer esta secta, que se hizo imponente. La condenacion fulminada por el papa se hizo extensiva á todos los demás herejes que por aquel tiempo inundaban la Francia. Irritados los valdenses por aquel hecho, atacaron la autoridad que les condenaba.

De consecuencia en consecuencia los valdenses llegaron á afirmar que ellos solos formaban la verdadera Iglesia, porque eran los únicos que practicaban y enseñaban la pobreza evangélica. Pretendieron que los fieles eran todos iguales, que todos eran sacerdotes, que todos tenían el derecho de enseñar. Fundaban estas absurdas pretensiones en algunos pasajes de la Escritura; entre otros citaban el de san Mateo en el cual Jesucristo dijo á sus discipulos que todos eran hermanos; el de san Pedro que dijo á los fieles: *Servios mutuamente, cada uno segun el don que ha recibido, como buenos dispensadores de la gracia de Dios que es de muchas maneras; y otros semejantes.* Justamente estos textos prueban todo lo contrario de lo que decian los valdenses.

Pretendian, pues, formar una Iglesia nueva que fuese la verdadera Iglesia de Jesucristo, y que por consiguiente fuese la sola que tuviese poder de excomulgar y de condenar. De este modo calmaron las conciencias alarmadas por las excomuniones de la Iglesia.

Con el objeto de apartar completamente á los fieles de la Iglesia condenaron todas sus ceremonias, la ley del ayuno, la necesidad de la confesion; las plegarias por los muertos, el culto de los santos, y en una palabra todo lo que podia contribuir á rodear á los pastores legítimos del respeto de los pueblos; y en suma, para sostener la ignorancia general, cosa que les convenia en gran manera, porque solo la ignorancia podia defenderlos y aumentar sus prosélitos, condenaban los estudios y las academias como escuelas de vanidad.

Tal fué el plan de religion que los valdenses imaginaron para defenderse contra los anatemas de la Iglesia y para hacer prosélitos.

Acerca de los errores de estas sectas dá minuciosa cuenta Rainerio Sancho, ó Reinier, que habia sido ministro de los albigenses, y que habiendo abjurado sus errores entró en los dominicos el año 1250. Este escribió un tratado contra los valdenses, en el cual los acusa de desechar el purgatorio y las oraciones por los difuntos, como ya hemos insinuado, y además las indulgencias, las fiestas y la invocacion de los santos, el culto de la cruz, de las imágenes y de las reliquias, las ceremonias de la Iglesia, el bautismo de los niños, la confirmacion, la extremauncion y el matrimonio. Decían que en la Eucaristia no se hacia la transustanciacion

en manos del que consagraba indignamente, sino en la boca del que la recibía dignamente. Admitían, pues, la presencia real y la transustanciación, cuando se consagraba dignamente la Eucaristía.

También Pedro Pylicdorf escribió contra los valdenses hacia el año 1250, y como Reinier habla del origen de la secta y de sus creencias. A lo dicho por aquel añade que desechaban la misa como institución humana, y las ceremonias de la Iglesia, exceptuando únicamente los sacramentos; que después de algún tiempo, aunque legos, se entrometieron á oír confesiones y dar la absolución: que uno de ellos creyó poder consagrar la Eucaristía, y se comulgó él mismo. Así el fanatismo de los valdenses, como el de todas las demás sectas, se aumentó con el tiempo, y los llevó de error en error.

De todo esto se desprende que los valdenses renovaron: 1.º los errores de Vigilancio sobre las ceremonias de la Iglesia, sobre el culto de los santos y de las reliquias, y sobre la jerarquía de la Iglesia; 2.º los errores de los donatistas sobre la nulidad de los sacramentos conferidos por malos ministros, y sobre la naturaleza de la Iglesia; 3.º los errores de los iconoclastas contra las imágenes; y á todos estos errores añadieron el de que la Iglesia no podía poseer bienes temporales.

En otros artículos hemos refutado la mayor parte de estos errores, por lo que nos excusamos de hacerlo al presente.

Oigamos ahora á un historiador: «Una de las principales cuestiones es saber si los valdenses negaban como los calvinistas la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y la

transustanciación. Dice Bossuet que no desechaban ninguna de las dos; lo prueba con el testimonio de los autores que han hablado de la creencia de estos sectarios, y hemos visto que ni Reinier ni Pylicdorf los acusan de esto, que más bien suponen lo contrario. No obstante, pretende Basnage que los valdenses atacaban estos dos dogmas, pero no ha destruido ninguna de las pruebas positivas en que se funda Bossuet. Dice en primer lugar, párrafo 5, que según el decreto del papa Lucio, los valdenses tenían opiniones opuestas á las de la Iglesia romana sobre el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, sobre la remisión de los pecados, sobre el matrimonio y demás sacramentos. Esto se concibe fácilmente; en efecto, era combatir la fé de la Iglesia romana el enseñar que un sacerdote rico y vicioso no consagraba el cuerpo y sangre de Jesucristo, ni remitía los pecados por la absolución, ni administraba válidamente el matrimonio ni demás sacramentos. Tal era la pretensión de los valdenses; pero por esto no negaban que Jesucristo estuviese presente en la Eucaristía cuando era consagrado por un sacerdote pobre y virtuoso, ni que tal ministro fuese capaz de obrar válidamente los demás sacramentos. Según el testimonio de Reinier creían que en el primer caso se verificaba la transustanciación en la boca del que comulgaba dignamente.

»En segundo lugar objeta Basnage que, según la narración de Pylicdorf y otros, estos herejes desechaban la misa como institución humana, luego no creían en ella. Pero este historiador se expresa con bastante claridad diciendo que la desechaban con las ceremonias de la Iglesia, *excepto*

*tuando únicamente los sacramentos.* Admitian, pues, al menos la sustancia de los sacramentos, en particular del de la Eucaristía, que consiste en la consagración. Lutero, á su vez, suprimió la mayor parte de las ceremonias de la misa, sin negar no obstante el dogma de la presencia real.

»En tercer lugar este crítico opone á sus adversarios, párrafo 18, una narración de un inquisidor, cuya fecha no se sabe, y otros dos instrumentos, cuya autenticidad es bastante dudosa; pero no ha podido sacar de ellos más que consecuencias forzadas y que nada prueban. Por último, confunden á los valdenses con los albigenses, que en efecto ni admitían la presencia real ni la transustanciación; pero ha demostrado Bossuet la enorme diferencia que había entre los pareceres de estas dos sectas en su origen: no se puede, pues, de la una sacar ninguna consecuencia para la otra.

»Otra cuestión es el saber cómo fueron tratados los valdenses desde su nacimiento. Dice Bossuet que contra ellos no se ejerció ninguna persecución. Basnage sostiene lo contrario; asegura que según el tenor del decreto de Lucio III, los que no quisieran abjurar su error debían ser puestos en manos de los jueces seculares, para *sufrir la pena debida á su crimen*. Pero confiesa que no se ejecutó esta sentencia, porque los papas tenían otros negocios entre manos. Cualquiera que haya sido la razón del olvido en que se dejó á estos sectarios, por eso no es ménos cierto el hecho.

»No obstante asegura Basnage, párrafo 11, 15, 18, que en el año 1254 había una persecución declarada contra ellos, que habían sufrido guerras y asesinatos, y que lo

mismo sucedió en 1395, en 1473 y 1486. En vano hemos buscado pruebas positivas de todos estos hechos. En el año 1254, no hubo en Francia ninguna persecución contra los herejes mas que los decretos del concilio de Albi; ahora bien, esto era una repetición de los del concilio de Tolosa, celebrado en 1229; estos decretos eran para los albigenses y no para los valdenses. En el año 1395, no hubo más ocupación en el reino que el hallar el medio de terminar el gran cisma de Oriente con respecto al pontificado. En 1483, no vemos ningún vestigio de persecución. En 1477, bajo Carlos VIII, el papa envió á Alberto de Catania, arcediano de Cremona, con misioneros, para que trabajasen en convertir á los valdenses. Pero como siempre los enfurecían estas tentativas, trataron brutalmente á los misioneros, sobre todo en los valles de Fenestrelles y Argentier. El marqués de Salmes hizo ir allá soldados, y es cierto que hubo con este motivo combates sangrientos entre estas tropas y los valdenses que se defendían desesperados. Mas por último los valdenses se vieron obligados á entregarse, á dejar las armas, é implorar la clemencia del rey. Desde entonces se dejó de perseguirlos (1). Pero siempre han llamado los herejes persecuciones á las mas moderadas tentativas que se han hecho para instruirlos.

»¿Cómo Basnage se ha podido obstinar hasta confundir á los valdenses con los albigenses? Estos eran verdaderos maniqueos; Bossuet lo ha demostrado. Según Basnage, los valdenses eran los sectarios de Claudio de Turin; ahora bien, este hereje nunca profesó el maniqueísmo. Este crítico ha

(1) Hist. de la Iglesia galicana, t. 17, l. 50, año 1437.

citado el testimonio de Guillermo Puylaurens, de que distinguía tres sectas diferentes segun el concilio de Albi, los maniqueos, arrianos y valdenses: es una preocupacion el querer aplicar á una lo que no puede convenir más que á las otras, y malamente se ha lisonjeado Basnage de haber destruido á su adversario.

«Así Mosheim, que ha examinado esta cuestion con mejores ojos y que ha comparado todos los autores que han hablado de ella, no es de su opinion. Ha expuesto, como Bossuet, el origen y creencia de los valdenses (1). Su objeto, dice, no fué introducir nuevas doctrina en la Iglesia, ni proponer á los cristianos nuevos artículos de fé, sino únicamente reformar el gobierno eclesiástico, y dirigir al clero y al pueblo hácia la sencillez y pureza primitiva de los siglos apostólicos. Expone despues sus opiniones del mismo modo que Reinier y Pylicdorf. Dice que los valdenses confiaban el gobierno de la Iglesia á los obispos, á los presbiteros y á los diáconos, y que tenian estos tres órdenes como establecidos por Jesucristo; pero querian que los que estuviesen adornados de ellas, se pareciesen á los apóstoles, que como ellos fuesen *simpliciter*, pobres, sin ninguna posesion temporal, y ganando su vida con el trabajo de sus manos. Los legos estaban divididos en dos órdenes; una de cristianos perfectos que de todo se despojaban, estaban mal vestidos y vivian duramente; y otra de imperfectos que vivian como los demás hombres, pero que evitaban toda clase de lujo y de superfluidad, como despues han hecho los anabaptistas. Por lo demás Mosheim no ha sido tan impru-

(1) Hist. eccl., siglo xii, 2.ª parte, c. 5.

dente que los acuse de haber negado la presencia real y la transustanciacion.

«Pero hace una observacion esencial, y es que los valdenses de Italia no pensaban lo mismo que los de Francia y demás comarcas de Europa. Los primeros tenian á la Iglesia romana como á la verdadera Iglesia de Jesucristo, aunque corrompida y desfigurada: admitian los siete sacramentos, tenian como legítima la posesion de bienes temporales, y prometian no separarse nunca de esta Iglesia con tal que no se les molestase en su creencia. Más fanáticos los segundos, nada querian poseer, sostenian que la Iglesia romana habia apostatado y renunciado á Jesucristo, que ya no la gobernaba el Espiritu Santo, y que era la prostituta de Babilonia de que se habla en el *Apocalipsis*. Esta distincion que hace Mosheim está confirmada, además, con el testimonio de algunos autores antiguos, y que se ha escapado á la mayor parte de los historiadores; nos parece importantísima, y á propósito para conciliar las contradicciones que hay en las varias narraciones que se han hecho con respecto á los valdenses.

«Uno de nuestros filósofos historiadores, ó más bien novelistas, ha formado de esta secta un cuadro de imaginacion sacado de su cosecha, y de los escritos calvinistas; y se tuvo gran cuidado de copiarlo en la antigua *Enciclopedia*, en la palabra *valdenses*. Atribuyen el origen de estos al horror que inspiraron los crímenes cometidos en las cruzadas, á las disensiones de los papas y emperadores, á las riquezas de los monasterios, y al abuso que hacian los obispos de su poder temporal. Sin embargo, estos sectarios no han alegado

nunca ninguno de estos motivos para justificar sus declamaciones contra el clero. Es de presumir que los tejedores, zapateros y jornaleros ignorantes, de que se componía principalmente la secta de los valdenses, no tuviesen gran conocimiento de los crímenes cometidos en las cruzadas, ni que estarían muy alterados por las disputas de los papas y emperadores. Tampoco eran ellos los que tenían mucho interés en los abusos que podían cometer los obispos en el uso de su potestad temporal. Querían que los pastores de la Iglesia fuesen pobres é iliteratos como los apóstoles, que trabajasen como ellos y llevasen sandalias. Todos estos artículos les parecían de la mayor importancia, porque los hallaban prescritos por el Evangelio.

»Otra negligencia grosera por parte de este filósofo, ha sido confundir los valdenses con los albigenses. Estos eran maniqueos como lo ha probado Bossuet; los verdaderos valdenses nunca lo fueron. Los albigenses eran conocidos en Francia desde el año 1021, en el reinado del rey Roberto; el año 1147, veinte años antes que apareciera Pedro Valdo, había ido san Bernardo á nuestras provincias meridionales para procurar instruirlos y convertirlos; la sencillez del exterior de este santo abad no era á propósito para dar una gran idea de las riquezas de los monasterios, y está probado que los demás misioneros de su orden fueron exactísimos en imitarlo (1).

»Se conviene generalmente en la sencillez, dulzura é inocencia de los valdenses, y no es sorprendente este fenómeno; ordinariamente se halla en los pueblos, que viven

(1) Hist. de la Iglés. galicana, t. 10, lib. 20.

en las gargantas de las montañas. Separados de las ciudades y de su corrupción, ocupados en apacentar los rebaños y en cultivar algunos palmos de tierra, reducidos á la sola sociedad doméstica en la estación de las nieves, no conocen más reuniones que las religiosas; entre ellos no se usa el vino, y viven solo de leche, ¿qué maligno vapor podrá infectar sus costumbres? Aun en el día los habitantes de los Alpes, tanto católicos como calvinistas, se asemejan al retrato que hemos hecho de los valdenses. Pero no era este el carácter de los herejes que asolaban el Languedoc y provincias cercanas en el siglo XII con el nombre de albigenses. El año 1147, veinte años antes del nacimiento de los valdenses, Pedro el Venerable, abad de Cluni, escribía á los obispos de Embrun, de Die y de Gap: «Háse visto por un crimen inaudito entre los cristianos rebautizar á los pueblos, profanar las iglesias, destruir los altares, quemar las cruces, azotar á los sacerdotes, encarcelar á los monjes y obligar á tomar mujeres con las amenazas y los tormentos, etc. (1).» ¿Cómo nuestro filósofo ha podido confundir con estos furiosos á los valdenses cuya dulzura é inocencia nos ensalza?

»Contra los albigenses turbulentos, sediciosos, sanguinarios, y no contra los valdenses, el pontífice Inocencio III envió á los inquisidores el año 1198 y publicó una cruzada el año 1208. No tuvo lugar más que en el Languedoc; las escenas más sangrientas pasaron en Beziers, en Carcasoña, en Labaur, en Albi, en Tolosa; ninguna hubo en los valles de los Alpes, tanto en la Provenza como en el Delfi-

(1) Fleuri, Hist. ecles., l. 69, n. 24.

nado, á donde se dice que se retiraron los valdenses. Cuando nuestro novelista historiador dice, que á fines del siglo xii el Languedoc se hallaba lleno de valdenses, y que se les perseguía á sangre y fuego, solo puede engañar á los crédulos ó ignorantes (1).»

El ilustre historiador al que pertenecen los anteriores párrafos, continúa refutando lo dicho en la *Enciclopedia* acerca de los valdenses, para demostrar que no existieron en aquellos sectarios las cualidades que allí se les atribuyen, que no es cierto que por trabajos increíbles desmontaran muchos terrenos haciéndolos á propósito para la siembra y pastos. Así podría hablarse si se tratara de los monjes católicos, de los hijos de san Benito y de otros santos fundadores que, al tiempo que vivieron en la pobreza trabajando para conseguir el cielo, se hicieron en alto grado benéficos á la humanidad; pero no puede decirse lo mismo de herejes que fundaban la soberbia en la humildad y que se revelaban contra la santa Iglesia, aspirando á una absoluta independencia como hemos visto que hacían los valdenses.

No es necesario hacer muy profundas reflexiones para comprender que lo que en los valdenses resplandeció fué una grosera ignorancia y un grande aborrecimiento contra el clero católico. Incapaces por su ignorancia de comprender la Sagrada Escritura, se entregaban á su lectura, y precisamente habian de sacar absurdas consecuencias y un amargo fruto. La pobreza evangélica no es de precepto sino de consejo: pero ellos eran incapaces de comprender la diferencia que existe entre la santidad esencial y la santidad

(1) Dicc. de Teología, art. *Valdenses*.

heróica, ni de medir la distancia que hay de la escuela de los preceptos á la de los consejos.

La institucion de los religiosos mendicantes enseña de un modo elocuente que puede practicarse una pobreza humilde, austera y verdaderamente evangélica, sin sublevarse contra la Iglesia y declamar contra el clero. El autor citado nos habla de una congregacion de valdenses que habiéndose convertido formaron una sociedad el año 1207, y tomaron el nombre de *pobres católicos*, y continuaron viviendo como ántes, no pudiendo conseguir, por mucho que trabajaron á este objeto, la conversion de los demás valdenses.

El glorioso patriarca Francisco de Asis asombró al mundo con la institucion de su orden mendicante á principios del siglo xiii. Extendido luego por todas las naciones ha sido un verdadero plantel de santos confesores y de mártires que produjeron sus misiones. ¿Habremos de detenernos en presentar un cuadro, siquiera pintado á grandes rasgos, de los dias de gloria que el orden franciscano ha dado á la Iglesia, de los grandes pontífices que la ha dado, de los sabios escritores que ha producido, de los profundos teólogos, y elocuentes y evangélicos predicadores que ha enaltecido? Aun así habríamos de ser extensos en demasia, y nos apartaríamos de nuestro propósito. No es nuestro objeto hacer aquí una apología de las órdenes religiosas. Empero séanos permitido lamentarnos de la obstinacion de los protestantes, que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen. Ellos que aprobaron la pobreza orgullosa de los valdenses, de aquellos hombres rebeldes, enemigos implacables de toda autoridad eclesiástica, cuya grosera ignorancia salta á la

vista, no cesan de declamar contra la pobreza humilde, caritativa y verdaderamente evangélica de los religiosos católicos. No negaremos que entre los protestantes haya hombres de talento, y sin embargo no se diferencian de los que carecen de esta cualidad en el modo de juzgar estas cuestiones. ¿Es que han renunciado al recto uso de la razón? Afortunadamente el protestantismo se halla en su época de decadencia, y las muchas y repetidísimas conversiones al catolicismo que hoy se verifican en las naciones donde se profesa la mal llamada Reforma, y muy especialmente en la Gran Bretaña, son una demostración consoladora de que van abriendo sus ojos á la clara luz de la verdad. No continuemos en este terreno, porque estamos ya próximos á tratar con todo detenimiento de la gran herejía protestante ó luterana.

## ADESENARIOS

6

### EMPANADORES.

Con este nombre, formado por Prateolus del verbo latino *adesse*, estar presente, se designaba á los herejes de los siglos xv y xvi, que si bien reconocían la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía era en un sentido diferente de los católicos. Estos herejes son los que se conocen más bien bajo el nombre de *empanadores*. La secta se dividía en cuatro ramas: unos sostenían que el cuerpo de Jesucristo está

en el pan, otros al rededor, otros sobre él, y los últimos debajo; *con el pan, en el pan y bajo el pan; in, sub, cum*. También podía darse el nombre de *empanación* al sentido de los jacobitas, los cuales admitiendo la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, suponen una unión hipostática entre el Verbo y el pan y vino.

Esta opinión había ya sido presentada en tiempo de Berengario, y fué renovada por Osiandro, uno de los principales luteranos que tuvo la osadía de sostener esta proposición: *Este pan es Dios*. Tan extraña opinión, dice Bossuet, no tuvo necesidad de ser refutada, pues ella misma cayó por su propio absurdo, y nunca mereció la aprobación de Lutero.

Dicen otros que la naturaleza humana, en virtud de su unión sustancial con la Divinidad, está presente en todos los lugares, porque participa de la inmensidad de Dios, y por consiguiente está también en el pan consagrado: esta inmensidad del cuerpo de Jesucristo la llaman *ubiquidad*, y á sus partidarios *ubiquistas*.

Sea cualquiera el modo con que los luteranos expliquen su sistema, es evidentemente contrario al sentido literal y natural de las palabras pronunciadas por Jesucristo en el acto de instituir el sacramento Eucarístico en la memorable noche de la Cena. Cuando dió su cuerpo á sus discípulos, no les dijo: *Aquí está mi cuerpo*, ni *este pan es mi cuerpo*, sino *hoc est corpus meum*, este es mi cuerpo; luego lo que presentaba á sus discípulos no era otra cosa que su mismo cuerpo.

«Los calvinistas, dice Bergier, que no admitían la pre-

sencia real, escribieron mucho contra el sistema de los luteranos; les probaron que si Jesucristo está real, corporal y sustancialmente en la Eucaristía, es indispensable confesar que está allí por transustanciación; que dos sustancias no pueden estar bajo los mismos accidentes; que si es indispensable admirar un milagro, más natural es que nos atenamos á los católicos, que al que fingen los luteranos. Lutero por su parte siempre sostuvo que las palabras de Jesucristo llevan literalmente consigo la significación de una presencia real, corporal y sustancial. De este modo se halla sostenido el dogma católico por los mismos que hacen profesión de refutarlo.

#### ARRABONARIOS.

Esta palabra viene del latín *arrha* ó *arrhabelo*, arra, gaje, fianza. Este nombre se dió á los herejes sacramentarios, porque decían que la Eucaristía se dá como la prenda del cuerpo de Jesucristo y como la investidura de la herencia prometida. Esta doctrina fué enseñada por Stancheno en la Transilvania. Los católicos convienen en que la Eucaristía es una fianza en la inmortalidad bienaventurada; pero que es uno de sus efectos, y no su esencia, como sostenían los arrabonarios.

#### CORNARISTAS.

Así eran conocidos los discípulos de Teodoro Cornhart, secretario de los estudios de Holanda, hereje entusiasta. Había nacido á fines del siglo xv, pero era ya el xvi cuando empezó á demostrar sus errores. Atacaba todas las sectas y no aprobaba ninguna. Al mismo tiempo escribía contra los católicos, contra los luteranos y los calvinistas, y sostenía que todas las comuniones tenían igualmente necesidad de reformas. Añadía empero que nadie estaba facultado á hacerlo sin una misión apoyada con milagros, porque los milagros son la única señal que está al alcance de todo el mundo, así de los sabios como de los ignorantes.

Sin embargo de enseñar esta doctrina, él no hizo lo mismo para demostrar la verdad de su pretensión. Decía que esperando los milagros debía el hombre contentarse con leer á los demás la palabra de Dios sin hacer sobre ella el menor comentario, y que cada uno la entendiera del modo que le agradase. Esto era hacer una reforma en la enseñanza de la Iglesia, que se propuso hacer sin tener misión alguna que manifestase por milagros. Tal ha sido siempre la consecuencia de los herejes. Afirmaba que se podía ser buen cristiano sin necesidad de ser miembro de ninguna iglesia visible.

Con los que más simpatizaba era con los calvinistas. Sus contrarios, que eran numerosos, por ser él enemigo de todos, le colmaban de injurias, y á algo más hubiesen llega-

do si la proteccion del principe de Orange, que le favorecia, no le hubiese puesto á cubierto de la persecucion. Siendo enemigo del luteranismo, enseñaba, cómo hemos visto, la libre interpretacion de los libros santos como hacian aquellos, y esto es otra prueba de su inconsecuencia.

### DAVÍDICOS Ó DAVIDISTAS.

David Jorge, vidriero, nació en los postreros años del siglo xv y empezó á dogmatizar en el xvi, enseñando una nueva doctrina. Fué primero anabaptista. Despues quiso hacerse pasar por el Mesías, enviado para llenar el cielo que estaba vacío por falta de personas que hiciesen méritos para ir á él. Ya vemos que David no pecaba de humilde; no se contentó con manifestar que tenia mision para reformar, sino que extendiendo más el vuelo quiso aparecer como Mesías.

A semejanza de los adamitas desechaba el matrimonio: como los saduceos negaba la resurreccion; defendia que el alma no estaba manchada con el pecado, siguiendo en esto la doctrina de Manes; burlábase de la abnegacion de sí mismo que Jesucristo recomienda en el Evangelio, y miraba como inútiles todos los ejercicios de piedad, reduciendo la religion á una mera contemplacion. Tales son los principales errores que se le atribuyen.

Empezó á propagar sus errores en Gante, su país natal, y donde tal vez no encontró prosélitos, puesto que abandonando aquella ciudad se marchó á Gante, y de allí se diri-

gió á Frisia y al poco tiempo á Basilea, donde se cambió el nombre, haciéndose llamar Juan Bruch. A fuerza de constancia en su propaganda que duró treinta y dos años, consiguió reunir algunos discípulos y murió en 1556 á una edad avanzada. Á aquellos discípulos ofreció que resucitaria á los tres años despues de su muerte. No se verificó esto como puede suponerse, pero en cambio informados los magistrados de Basilea de la doctrina que habia enseñado, lo hicieron desenterrar al cabo de aquel tiempo y quemaron sus restos junto con sus escritos.

Debe tenerse cuidado en no confundir á David Jorge con David Dinant, del que nos hemos ocupado en la página 308 de este tomo. Algun escritor encuentra dificultad en creer que David Jorge enseñara todos los errores que se le atribuyen, y se funda en que era un ignorante. La dificultad no es bien fundada: por otros varios herejes de la misma época se ve de lo que es capaz la ignorancia ayudada por el fanatismo. Aun diremos más: en nuestro concepto, solo la ignorancia ó la refinada malicia pudiera enseñar errores semejantes al fanático del que acabamos de ocuparnos.

¿Y qué se hizo de los discípulos de David Jorge? Nada nos dicen los autores que del mismo se han ocupado. El caso es que no se volvió á hablar de ellos. Es natural que viendo que no se habia cumplido la promesa de su resurreccion, acabaron por convencerse de que habia sido un fanático impostor y abandonasen los errores que de él habian aprendido, dedicándose nuevamente á sus respectivos oficios. Esto es lo más verosímil.

### NOMINALES.

Eran unos filósofos dialécticos, que juzgaban que la investigación y poder de la verdad consisten en conocer y explicar las propiedades de los nombres. Tuvieron por principal factor á Guillermo Occam, apellidado el *doctor invencible*. Aparte de sus errores filosóficos, cayó en errores en materias teológicas; pero es probable que se retractó y falleció en la paz de la Iglesia.

Para mejor inteligencia conviene leer la siguiente adición, puesta á la palabra *Aseidad* del Diccionario de Bergier, escrita, según juzgamos, por monseñor Doney, obispo de Montauban: « Aunque la naturaleza y esencia de Dios no pueden explicarse por el lenguaje humano, expresión de una capacidad pequeña, limitada é infinitamente distante de la suma perfección de Dios, sin embargo han tratado los teólogos de investigar á su manera, y atendidos los alcances de la humana inteligencia, en cuál de las perfecciones ó atributos divinos deba colocarse el constitutivo de la esencia de Dios. Y partiendo todos del reconocido principio de san Agustín: *Deus ineffabilis est; facilius diximus quid Deus non sit, quam quid sit*, se dividió la escuela teológica en cuatro opiniones. Es la primera la llamada de los *nominales*, cuyo autor fué Guillermo Occam (llamósele *doctor invencible*), y ponían la esencia de Dios en el cúmulo de todas las perfecciones; la segunda la de los *Escotistas*, que colocaban la esencia divina en la *infinidad radical*, ó en la

*exigencia* de todas las perfecciones; la de los *Tomistas*, entre los cuales hay algunos que señalan como constitutivo de la esencia de Dios la *intelección radical*, ó facultad de entender, y más generalmente la *intelección actual*; y por último la que lleva Bergier, y es seguida comunmente por los teólogos, que consiste en considerar como constitutivo de la esencia divina la *aseidad*, ó la omnimoda independencia. » No continuamos hasta el final esta adición, porque no es á nuestro propósito más que el dar á conocer una opinión teológica de Occam, cuyos discípulos tomaron el nombre de nominales. Sentimos no encontrar especificados todos los errores teológicos en que aquel cayó, si bien nos basta saber que, como antes insinuamos, murió reconciliado con la Iglesia. Tampoco podemos decir cosa alguna respecto á sus discípulos.

---

SIGLO DÉCIMO SEXTO.

---

INTRODUCCION.

---

I.

De por qué el autor entra con vacilacion á historiar  
las herejías del siglo XVI.

De difícil desempeño era en verdad la empresa que nos propusimos llevar á cabo al tomar la pluma para escribir la historia de las herejías que en todos los siglos del cristianismo han afligido á la Iglesia santa, y los grandes esfuerzos hechos por sus enemigos para destruir sus sacrosantos dogmas. Ganosos del mejor acierto, no hemos apartado nuestra vista ni la apartaremos hasta la terminacion de nuestro trabajo de aquellos autores más acreditados que tratan de la materia y que nos pueden servir de puras fuentes. Sin dejar de ofrecer al lector nuestros pobres trabajos originales en la exposicion de hechos y muy especialmente en las refutaciones de las herejías más notables y que mayores desastres han causado en el campo de la Iglesia católica, como quiera que nuestro objeto principal